

EL MALESTAR EN LA CULTURA EN LA ACTUALIDAD

Nicolás Matías Campodónico

nicolas_campodonico@hotmail.com

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Eje Temático: Psicoanálisis

Resumen

En este trabajo intentaremos abordar la referencia al malestar en la cultura contemporánea. Para ello, en primer lugar, por medio de la exégesis bibliográfica de las referencias en la obra de Sigmund Freud y en la enseñanza de Jacques Lacan, daremos cuenta de la manera freudiana y lacaniana de presentar el malestar en la cultura en sus respectivas obras. Para luego llegar a una pregunta que resulta importante ¿cómo pensar el malestar en la cultura en el Siglo XXI?

Una referencia orientadora es la que nos han aportado Jacques- Alain Miller y Eric Laurent en su seminario titulado *El Otro que no existe y sus comités de ética*(2005), en el contexto de una reinterpretación de la civilización actual que no se definiría como freudiana sino más bien como lacaniana. Civilización freudiana es para los autores aquella que Freud define en *El malestar en la Cultura* (1930) donde la renuncia a la satisfacción pulsional como imposición de la cultura lleva la marca del Nombre del Padre, es decir, la ley del incesto de Totem y Tabú, como ley de carácter universal, que tiene como corolario la prohibición bajo el peso del ideal. En cambio, la civilización lacaniana sería la que introduce Lacan a partir de su seminario *Los Nombres del Padre*, donde la pluralización de los Nombres del Padre definiría a la época ya no como regida por un ideal único y universal sino más bien por una serie de nombres indistintos que darían cuenta de la “inexistencia del Otro”. Como dice Miller, la inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llama la época lacaniana del Psicoanálisis (que sería la nuestra), la época de los desengañados, la época de la errancia. Para Miller la civilización actual, su malestar, es “una crisis de lo real” en la medida que el hombre queda desorientado frente a la proliferación de los semblantes que no logran cubrir lo real y lo enfrentan irremediabilmente a la angustia.

Es así como el nuevo régimen de la civilización contemporánea ya no lleva la marca de la represión, en tanto prohibición a la satisfacción pulsional, sino la “exigencia a gozar”

[39]

aunque sea al precio mortífero de un “más allá del principio del placer”. Tal es la profecía enunciada por el propio Lacan en 1974, en Radiofonía:

Bastaría el ascenso al cenit social del objeto llamado por mí a minúscula, por el efecto de angustia que provoca el vaciamiento a partir del cual nuestro discurso lo produce, al fallar su producción. Se vuelve evidente para nosotros porque, cuando ya no se sabe a qué santo encomendarse, se compra cualquier cosa, un coche en particular, con el que hacer signo de inteligencia, si se puede decir, de su aburrimiento, es decir, del afecto del deseo de Otra-cosa (1974: 436).

Ya no hay, entonces, un significante amo que ordene, que prohíba, que reglamente la satisfacción y las buenas costumbres; más bien, en el lugar dominante o “brújula de la civilización de hoy” tenemos el objeto a, en tanto “plus de goce”, objeto que taponar la pérdida y nos invita al consumo sin límites. Podemos decir que la sociedad que se enmarca en el siglo XXI ya es no es la sociedad de la prohibición, de la interdicción. Más bien, somos testigos de una sociedad que ha mutado en una “sociedad permisiva”, la cual ha levantado la barrera de la represión para dejar entrever la verdad sin velos de la estructura agujerada del goce, del goce superyoico que instala el slogan de “puedes gozar como quieras” al precio de convertir el permiso en una exigencia.

Por último, presentaremos una viñeta clínica de la propia práctica en una institución de salud pública para poder dar cuenta de los avatares actuales por lo que se ve atravesado el sujeto con el Otro de la época actual.

Palabras clave: Psicoanálisis, Posmodernidad, malestar, goce

Abstract

In this paper we will try to address the reference to discontent in contemporary culture. To do this, firstly through the bibliographical exegesis of references in Freud's work and in Lacan's teaching, we will give an account of the Freudian and Lacanian ways of presenting the discontent in culture in their respective works.

Then come to a question that is important how to think of the malaise in culture in the XXI Century? A guiding reference is given by Miller and Laurent in their seminar entitled "The Other That Does not Exist and Its Ethics Committees" (2005), in the context of a reinterpretation of the present civilization that would not be defined as Freudian but more

[40]

Either as Lacanian. Freudian civilization is for the authors that Freud defines in "The malaise in the Culture" (1930) where the resignation to the pulsional satisfaction like imposition of the culture bears the mark of the Name of the Father, that is to say, the law of the incest of Totem And Taboo, as a law of a universal character, which has as a corollary the prohibition under the weight of the ideal. On the other hand, the Lacanian civilization would be introduced by Lacan from his seminary The Names of the Father, where the pluralization of the Names of the Father would define the time as no longer governed by a universal and universal ideal but rather by a serious one Indistinct names that would account for the "non-existence of the Other." As Miller says, "the non-existence of the Other truly inaugurates what is called the Lacanian epoch of psychoanalysis (which would be ours), the epoch of the disillusioned, the epoch of errancy. For Miller, the current civilization, its discomfort, is "a crisis of the real" insofar as man is disoriented in the face of the proliferation of countenances that fail to cover the real and face it irretrievably to the anguish.

Thus the new regime of contemporary civilization no longer bears the mark of repression, as a prohibition of drive satisfaction, but the "demand to enjoy" even at the deadly price of a "beyond the pleasure principle." Such is the prophecy enunciated by Lacan himself in 1974 in Radiofonia: "It would suffice the ascent to the social zenith of the object called by me to minuscule, by the effect of anguish that causes the emptying from which our discourse produces it, by failing their production. It becomes evident to us because, when we no longer know what saint to entrust to us, we buy anything, a car in particular, with which to make a sign of intelligence, if we may say, of its boredom, that is, of the affection of the Another-Thing Desire ". (Lacan, 1974, p. 436) There is no longer a significant master to order, to prohibit, to regulate satisfaction and good manners; Rather, in the dominant place or "compass of the civilization of today" we have the object a, as a "plus of enjoyment", object that blocks the loss and invites us to consumption without limits. We can say then that the society that is part of the XXI century is no longer the society of prohibition, of interdiction. Rather, we are witnesses of a society that has mutated in a "permissive society," which has lifted the barrier of repression to expose the veiled truth of the hoary structure of enjoyment, the super-egoic enjoyment that installs the slogan of "You can enjoy as you want "at the price of making the permit a requirement.

Finally we will present a clinical vignette of the practice itself in a public health institution to be able to account for the current avatars so that the subject is crossed with the Other of the present time.

Keywords: Psychoanalysis, Postmodernity, discomfort, enjoyment

La versión freudiana y lacaniana del malestar

Cuando nos remitimos a hablar del malestar en la cultura, es inevitable la referencia a Sigmund Freud, quien no dudó en situar una tensión que resulta fundante de la civilización humana: la irresoluble dialéctica entre Vida y Muerte. En el final de *El malestar en la cultura* afirmó: “y ahora cabe esperar que el otro de los dos “poderes celestiales”, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?” (1930: 140). De esta manera, Freud no sólo sostuvo que no habría ni síntesis ni integración para esta dialéctica entre “potencias eternas”, sino y por sobretodo, que la relación entre ambas pulsiones está caracterizada por la “lucha”. Para Freud, la cultura es una construcción del Eros en su intento por frenar el irremediable empuje de la muerte. El malestar de la civilización no se produce por los frenos sociales a la sexualidad, sino que se instauraría por la irresoluble tensión existente, en la lucha del Eros con la pulsión tanática. Para Freud entonces la relación entre unos y otros se inscribiría en las coordenadas de lucha a partir de la dialéctica pulsional, quedando como instancia necesaria de la cultura el imperativo del amor, como legalidad erótica que tiene a la continuidad de la vida.

Por el contrario, una pregunta se impone por su relevancia: ¿se trató para Lacan del mismo malestar en la cultura? Lacan podemos decir que realizó tres lecturas en su enseñanza, en la medida que construía Otra versión del malestar en la cultura y de sus respectivas implicancias en la estructura del sujeto.

a) En “El discurso a los católicos” de 1960, Lacan ubicó el mandamiento cultural (“amarás al prójimo como a ti mismo”) a partir del concepto de narcisismo en Freud. De esta manera, la intersubjetividad y el encuentro con la otredad se redujeron a la tensión especular de la imagen:

[...] todo está en el sentido del “como a ti mismo”. Y designó esta fuerza con el nombre de narcisismo. No hay nada sorprende en que no sea más que yo mismo lo que amo en mi semejante. Me amo a mí mismo en la medida en que me desconozco esencialmente, sólo amo a otro (Lacan, 1960: 45-46)

El punto central quedó situado en la segunda parte del mandamiento, en el “como a ti mismo”, perdiendo entonces el amor su lugar de imperativo simbólico. La tensión establecida entre el yo y su semejante no es ya de base pulsional tal cual lo planteó Freud, sino que está dado por los avatares agresivos de los circuitos imaginarios. Finalmente, sitúa como resultados de tal tensión narcisista, al odio como sombra del

amor y al efecto de desconocimiento real, donde el semejante se vuelve extranjería. Dijo al final de ese escrito: “la ambivalencia por la cual el odio sigue como su sombra todo amor por ese prójimo, que es también para nosotros lo más extranjero” (Lacan, 1960: 62).

b) En el Seminario XXI de 1973, Lacan presentó una lectura diferente del mandamiento. Ya no se trataría tan sólo de la relación narcisística entre el yo y la imagen, sino de la relación entre el uno y el otro como instancias del campo relacional. Dijo en la clase 4: “este precepto funda la abolición de la diferencia de los sexos. Cuando les digo que no hay relación sexual, no dije que los sexos se confundan, ¡muy lejos de eso!” (1973: s/p). De esta manera, lo que está en juego en el mandamiento es el intento de la cultura por borrar lo real de las diferencias sexuadas, a partir de la ilusión de igualdades. Lo que quedó excluido con el mandamiento es una sentencia cultural que sería inherente a lo humano: que sí hay la diferenciación sexuada. Yal sentencia tendría por lo menos dos destinos: o que habría que borrar la diferencia con un amor unificante, modalidad planteada por el mandamiento de la cultura; o que justamente por sostener lo real de la diferencia como un imposible de borrar se pueda escribir la lógica estructurante del no hay relación sexual.

c) Finalmente en El Seminario XXII, de 1974-1975 Lacan alcanzó una versión diferente del malestar en la cultura. En la clase 10 afirmó:

El amor es odioenamoramiento, hainamoration. No se trata, ciertamente de que dado el caso el amor son se preocupe lo mínimo por el bien-estar del otro, pero está claro que no lo hace más que hasta un cierto límite para el que hasta hoy no he encontrado nada mejor que el nudo de borromeo para representarlo, a este límite (1974-1975: s/p).

Es interesante situar que en este límite escrito en el nudo de borromeo, Lacan encontró que el RSI del amor real (ya no sólo imaginario o simbólico) se entrelazaría con el odio, pero por fuera de la tensión narcisista. No sólo amor-odio son el mismo real contorsionado en su devenir topológico de Moebius, sino que y fundamentalmente, tendría un límite en el anclaje anudante del objeto a como plus-de-goce, que economiza la relación entre los goces y el sentido. Sería el a-mor en el lugar del objeto a como a -muro real, que presentifica la castración entre Uno y Otro. Un poco más adelante agregó: “hay que dar un paso más, sin el cual no se comprende nada en el lazo de esta castración con la interdicción del incesto: esto es ver que el lazo es lo que yo llamo la no-relación sexual” (Lacan, 1975: s/p). De esta forma, Lacan pudo ubicar que la irresoluble diferenciación sexuada implícita en el no-hay relación sexual sería el lazo que articula castración con

interdicción del incesto siempre que el odio en amoramiento sea objeto a capaz de anudar goce fálico, con goce del Otro y sentido. Se trataría de una versión diferente del malestar en la cultura: lo real del amor como el límite que no borra la diferenciación sexuada de la relación sexual que no hay, y que entrelaza la castración con la interdicción como instancia fundante del malestar en la cultura.

El malestar en la cultura en la actualidad

Es posible partir de una pregunta importante: ¿cómo pensar el malestar en la cultura en el siglo XXI? Una referencia orientadora es la que aportan Jacques-Alain Miller junto con Eric Laurent en el seminario titulado *El Otro que no existe y sus comités de ética* (2005), en el contexto de una reinterpretación de la civilización actual que ya no se definiría como “freudiana” sino como “lacaniana”. Civilización freudiana es para los autores aquella definida por Freud en su texto *El malestar en la cultura* (1930), donde la renuncia a la satisfacción pulsional como imposición de la cultura lleva la marca del “nombre del padre”, es decir, la ley del incesto de “Totem y tabú” como símbolo del pasaje naturaleza/cultura, una ley de carácter universal (“para todos”), que tiene como corolario la prohibición bajo el peso del Ideal. La época lacaniana, en cambio, sería la que introduce Lacan a partir de su Seminario sobre “Los Nombres del Padre”, gracias al cambio de paradigma que impone la invención del objeto a y la orientación de la experiencia analítica por “lo real del goce”, donde la “pluralización de los Nombres del Padre” permite definir a la época ya no regida por un ideal único y universal sino, más bien, por una serie de nombres indistintos que dan cuenta de la “inexistencia del Otro”. Este postulado quiere decir que el Otro de la Ley ya no es garantía última de lo simbólico, sino un semblante más entre otros. Como dice Miller: “la inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llamaremos la época lacaniana del Psicoanálisis (que es la nuestra) la época de los desengañados, la época de la errancia” (2005: 11). Para Miller, la crisis de la civilización actual, su malestar, es “una crisis de lo real” en la medida que el hombre queda desorientado frente a la proliferación de los semblantes que no logran cubrir lo real y lo enfrentan irremediablemente a la angustia, bajo la cara de los síntomas paradigmáticos de la época: la depresión y la adicción generalizada.

Por ello, podemos decir que tenemos un nuevo Otro en el campo, uno que no habíamos tenido antes, que pide tratamientos más rápidos, menos costosos, enteramente predecibles y cuya terminación y duración pueden ser anticipados. Con esto también estamos frente a un nuevo tipo de demandas. Es así de la manera que Miller plantea que

“antes teníamos a un individuo solicitándonos tratamiento. Ahora tenemos un Otro colectivo, generalizado, que demanda” (2005: s/p).

Es posible decir que la gran neurosis contemporánea, la que corresponde al siglo XXI, está determinada íntimamente por “la inexistencia del Otro” y ello tiene como consecuencia para el sujeto la condena de la búsqueda frenética del objeto plus de gozar. Cuando Miller se pregunta cómo definir a la civilización actual su respuesta apunta a demostrar que el “*impasse* lacaniano” ha reemplazado al “malestar de la cultura” freudiana:

Digamos que es un sistema de distribución de goce a partir de semblantes. En la perspectiva analítica, en la perspectiva del superyó, una civilización es un modo de goce, incluso un modo común de goce, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar” (2005: 18).

Es cierto que en la tesis freudiana del malestar ya estaba en germen la cuestión económica del malestar psíquico. Cuando Freud aborda en el apartado VIII “las vicisitudes del superyó en el neurótico”, enlaza la cultura al surgimiento de la “conciencia moral” pero de un modo sumamente contradictorio. Dice: “la renuncia de lo pulsional crea la conciencia moral, que después reclama más y más renuncia” (1930: 124). Es decir, lo que el sujeto integra como mandamientos de la conciencia moral no es sin un arreglo paradójico que se plasma en el sentimiento inconsciente de culpa y en la necesidad de castigo, pilares del “problema económico del masoquismo”. Pero Freud encuentra que dicho malestar, en tanto renuncia a la satisfacción pulsional, tiene salidas, tiene recursos, aquellos que enumera y amplía en el capítulo II, como “defensas frente al sufrimiento”: los tóxicos, la sublimación, la religión, el amor, la belleza y la neurosis misma.

Sin embargo, en la época lacaniana, las salidas se presentan en términos de *impasse*, es decir, de punto muerto o situación sin salida. Según Miller, la época lacaniana define al superyó de un modo diferente:

[...] el superyó freudiano produjo cosas como lo prohibido, el deber, hasta la culpabilidad, que son términos que hacen existir al Otro, son los semblantes del Otro, suponen Otro. El superyó lacaniano, que Lacan despejó en el Seminario Aun, produce un imperativo distinto: ¡Goza! Este es el superyó de nuestra civilización” (2005: 19).

Es así como el nuevo régimen de la civilización contemporánea ya no lleva la marca de la represión, en tanto prohibición a la satisfacción pulsional, sino la “exigencia a gozar” aunque sea al precio mortífero de un “más allá del principio del placer”. Tal es la profecía enunciada por el propio Lacan en 1974, en *Radiofonía*:

Bastaría el ascenso al cenit social del objeto llamado por mí a minúscula, por el efecto de angustia que provoca el vaciamiento a partir del cual nuestro discurso lo produce, al fallar su producción. Se vuelve evidente para nosotros porque, cuando ya no se sabe a qué santo encomendarse, se compra cualquier cosa, un coche en particular, con el que hacer signo de inteligencia, si se puede decir, de su aburrimiento, es decir, del afecto del deseo de Otra-cosa (Lacan, 1974: 436).

Ya no hay entonces un significante amo que ordene, que prohíba, que reglamente la satisfacción y las buenas costumbres; más bien, en el lugar dominante o “brújula de la civilización de hoy” tenemos el objeto a, en tanto “plus de goce”, objeto que taponar la pérdida y nos invita al consumo sin límites. Podemos decir entonces que la sociedad que se enmarca en el siglo XXI ya no es la sociedad de la prohibición, de la interdicción. Más bien, somos testigos de una sociedad que ha mutado en una “sociedad permisiva”, la cual ha levantado la barrera de la represión para dejar entrever la verdad sin velos de la estructura agujerada del goce, del goce superyoico que instala el slogan de “puedes gozar como quieras” al precio de convertir el permiso en una exigencia.

Una fobia a la soledad

No es la primera vez que Raúl consulta a un Servicio de Salud, pero esta vez es diferente. Lo hace por obligación con la Justicia, después de haber sido sancionado cuando lo detienen por comprar drogas. Solo expresa al comienzo su malestar por las consecuencias de esta situación, que le ha interrumpido su permanencia en una escuela de formación militar, en la que cifraba todo su proyecto y, aún más, la resolución de su situación de precariedad social y económica en la que se encuentra. En las consultas previas a lo ocurrido fue diagnosticado como “fobia social” por un psiquiatra y el psicólogo con el que realizó un tratamiento posteriormente caracterizó su problema como “miedo al miedo”.

Le resulta muy difícil hablar en las primeras entrevistas, pero progresivamente logra expresar que lo que le ocurre es “el miedo a quedarse solo”, lo que lo obliga a fumar marihuana para poder dormir. El miedo y la inseguridad son una constante en su vida,

cree que por eso se encierra y evita a la gente. Comenzó a estudiar Psicología tratando de entender lo que le ocurría, pero no soportó las exigencias de tener que hablar en clase, ante los demás, razón por la que abandonó sus estudios.

Recuerda que en su adolescencia comenzó a sufrir lo que llama “ataques de pánico”. En esa época había comenzado su relación con Elena, una joven a la que continúa idealizando y que considera que es el modelo de mujer que le interesa, y que fue la única novia que ha tenido. Reconoce que la relación se fue tornando insoportable, por sus celos exagerados, pensaba continuamente la posibilidad de una infidelidad, hasta cree que fue él mismo el que la empujó a los brazos de otro hombre y puso fin a la relación, con la confirmación de sus temores. Actualmente, solo mantiene relaciones con prostitutas, considerando que a lo único que puede aspirar es a ese tipo de relaciones, ya que se siente insuficiente e inseguro frente a una mujer “normal”. Pero, en realidad, lo que las hace tolerables es que “no demandan ni exigen nada de él, con ellas puede sentirse seguro”; incluso les pide que se queden para acompañarlo a la noche, y así protegerlo en cierta medida de la angustia, esa sensación de soledad y desamparo que lo invade incluso en ocasiones cuando se encuentra con los familiares.

De su historia, Raúl recuerda que algo importante ocurrió cuando tenía tres años y sus padres se separaron. Quedó solo con su madre, en una relación de extrema dependencia, ya que incluso dormían en la misma cama. Cree que su padre lo abandonó, porque, aunque “el padre se había separado de ella y no de mí, sentí que nos abandonó a los dos”. Hasta ahora su padre solo cuenta como soporte económico, lo considera una persona insuficiente, un fracasado, y lo que más teme es parecersele. Su madre fue su única referencia, una mujer que es quien “lleva los pantalones de la casa”, y siempre ha sido muy intrusiva, pero no ha podido dejar de depender de ella. Recuerda que en su infancia fue una situación insoportable para él cuando su madre logró rehacer su vida con una nueva pareja poco después de la separación de su padre y sufrió mucho por eso, como un nuevo abandono. Sin embargo, reconoce que el novio de su madre era un buen hombre que lo acompañaba a la noche cuando tenía miedo y no podía dormir. La dificultad de separarse de su madre tuvo una expresión especial poco después cuando comenzó el Jardín de infantes, ya que no podía quedarse en la escuela y lloraba pidiendo por su madre. El miedo a quedarse solo a la noche continuó permanentemente, hasta ahora.

Raúl mantiene sus ideales, sueña con conseguir un trabajo, ser independiente de sus padres, encontrar una chica buena y normal que lo quiera. En el curso del primer período del tratamiento, se centraba en la queja de su impotencia y lamentaba no haber podido seguir en la escuela militar, adonde por primera vez se sintió “alguien” y pensaba poder

cumplir con lo que se proponía. En momentos posteriores del tratamiento, cuando reconstruye su historia, comienza a surgir el carácter defensivo de su encierro, de su consumo de marihuana, de su adicción a los juegos de la red, estrategias con las que solo buscaba evitar la angustia y mantenerse cómodo en su inmovilidad.

Referencias bibliográficas

- Freud, S (1930). "El malestar en la cultura". En Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J (1960). "El discurso a los católicos". En *El triunfo de la religión*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1973). "Los Nombres del Padre". *El Seminario XXI (inédito)*. Clase 4 del 18 de diciembre de 1973.
- _____. (1975). "RSI". En *El Seminario XXII (inédito)*. Clase 10 del 15 de abril de 1975.
- _____. (1977). *Psicoanálisis: Radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Miller, J.-A, (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.